

El ocaso de una gloria

Londres, 1905.

La gloria es el alcohol de los elegidos. La primera vez embriaga; después se convierte en imprescindible necesidad.

El espíritu se adapta á ella insensiblemente. El primer éxito, grande ó pequeño, es perturbador; el favorecido siente una indecisión extraña, un cosquilleo moral que produce placer y molestia al mismo tiempo, como la emoción que siente el niño de quince años cuando se encuentra á solas por vez primera con una mujer amada. Es dulce, pero infunde temor; estimula, pero inhibe; instiga, pero detiene. Angel Mosso ha descrito admirablemente esta emoción del primer éxito en el prólogo de su conocida monografía sobre el miedo. Sin embargo, la inhibición pasa y el impulso continúa.

Mirar de frente al éxito equivale á asomarse á un precipicio; se retrocede á tiempo ó se cae en él para siempre. El éxito es un abismo irresistible, como una boca juvenil que invita al beso. Muy pocos retroceden.

Este ajeno del «yo» se brinda bajo cien aspectos, tiente de mil maneras. Nace por un accidente inesperado, llega por caminos invisibles. Basta el

simple elogio de un maestro estimado, el aplauso ocasional de una multitud, la conquista fácil de una hermosa mujer; todos se equivalen, todos envenenan lo mismo. Corriendo el tiempo tórnase imposible eludir el hábito de esta embriaguez; lo único difícil es iniciar la costumbre, como para todos los vicios. Después no se puede vivir sin el tósigo vivificador.

Los más grandes cerebros son sus fieles servidores, le rinden homenaje. Taine conoció el goce del maestro que ve concurrir á sus lecciones un tropel de alumnos; Mozart ha narrado las delicias del compositor oyendo sus melodías en labios del transeunte que silba para darse valor al atravesar de noche una encrucijada solitaria; Rodin, en una plática inolvidable, nos dijo la fruición con que sorprendió á dos jóvenes inglesas boquiabiertas ante su *Busto de mujer*, en el Luxemburgo; D'Annunzio ha confesado que una de sus grandes voluptuosidades consiste en oír recitar sus propios versos por niñas que no le conocen personalmente; á Jean Jaurés, al terminar una de sus conferencias tempestuosas, le oímos comentar la dicha del orador que escucha el aplauso frenético tributado por diez mil hombres. El fenómeno es común, sin ser nuevo. Julio César, al historiar sus campañas, deja entrever la ebriedad infinita del que conquista pueblos y aniquila legiones; los biógrafos de Beethoven narran su impresión profunda cuando le invitaron á volverse para mirar las ovaciones que su sordera le impedía oír, al estrenar su novena sinfonía; Stendhal ha dicho, con la gracia ática de su prosa original, las fruiciones del amador afortunado que ve sucesivamente á sus pies, temblorosas de fiebre y de ansiedad, á cien mujeres. Nadie escapa á la fruición de esta sirena.

La gloria, más que un privilegio, es un derecho del hombre superior. Es el impuesto que cobra á los inferiores, en moneda sonante, bajo forma de homenaje ó de admiración. Alguno, en verdad, no logra cobrarlo en vida; es decir, no lo cobra nunca. Es injusto esperar la muerte de un hombre para glorificarlo; si algo merece, debe pagársele al contado. ¿Para qué sirven las regulaciones de honorarios á difuntos? Los herederos no suelen merecerlas.

El éxito es benéfico; exalta el «yo», y por ende estimula al hombre de méritos. Pero tiene otra virtud mayor: destierra la envidia, enfermedad pasajera de los jóvenes talentosos y ponzoña incurable de los espíritus mediocres. Triunfar á tiempo, mercedamente, es el más favorable rocío para cualquier germen de bondad. El triunfo es un bálsamo de los sentimientos, una lima eficaz para las asperezas del carácter. Sólo el fracaso puede ser envidioso y maligno. Si el éxito es el mejor lubricante del corazón, el fracaso es su más urticante e orrosivo.

Produce, es cierto, alguna hipertrofia de la personalidad; pero antes que un defecto, es su consecuencia natural. ¿El atleta no tiene, acaso, músculos excesivos hasta la deformidad? No podría ser de otro modo; la fisiología enseña que la función hace el órgano. Los psicólogos podrían agregar que el «yo» es el órgano propio de la gloria.

Esa hipertrofia solamente es ridícula en el hombre mediocre, porque apenas llega á ser vanidad. En el hombre superior es un adorno: el simple exponente de su fuerza. El músculo abultado no es ridículo en el atleta; en cambio lo es toda adiposidad excesiva, porque es lo monstruoso, inútil é inexplicable; como la vanidad del insignificante.

Sarmiento no habría sido completo sin su megalomanía.

La conciencia de la propia gloria es benéfica: suprime toda pequeñez moral y toda villanía. Un triunfador no puede envidiar, como á nadie envidia el loco feliz que vive con delirio de las grandezas. Todo hombre que siente la caricia del éxito lleva en sí un poco de la «gloriosa megalomanía» —permítasenos recurrir para estas cosas á la jergonza literaria de Sicardi—, que impide envidiar. La grandeza puede coexistir con el odio, con la violencia, con la maldad también; pero cuando se es verdaderamente grande no cabe ser envidioso, bajo ó pequeño. César aniquiló á Pompeyo, sin rastrerías; Donatello venció con su *Cristo* al de Brunelleschi, sin bajeza alguna; Nietzsche fulminó á Wágner, sin envidiarlo. El éxito da á sus favoritos cierto ademán trascendente y apocalíptico; el fracaso vuelve miopes y reptiles á los suyos.

Ante un hombre envidioso después del éxito, podemos suponer que el juicio público es inmerecido. Es un mediocre; sabe su mediocridad, y comprende que sólo puede permanecer en la cumbre impidiendo que otros lleguen hasta él. Se defiende.

Para endulzar á un gran hombre triste habría que prodigarle todo el éxito que merece. Un médico psicólogo debiera contar la gloria entre los menajes de su terapéutica. A todo hombre superior minado por inexplicables neurastenias, habría que recetarle así: «Gloria (por cucharadas).» Pero la ciencia marcha á paso de tortuga; estas drogas útiles no se despachan en las farmacias.

El lector merece, empero, la gracia de otras mil reflexiones que nos sugiere una interesante conversación con Adelina Patti.

Ha sido una predilecta de la gloria, en su manifestación más directa, aunque inferior: el aplauso de la multitud. El éxito de un escritor es lento, pero estable; sus admiradores están dispersos, ningún lector aplaude á solas recorriendo el infolio. En el teatro y en la asamblea la gloria es rápida y barata; los oyentes se sugestionan recíprocamente, suman su entusiasmo y estallan en ovaciones. Por eso cualquier histrión de tres al cuarto puede conocer el éxito más de cerca que Pitágoras ó Descartes, aunque la intensidad está en razón inversa de la duración. Estas verdades menudas no pretenden amenguar los méritos de Adelina Patti, entre los cuales tenemos el buen gusto de no incluir su voz monstruosa.

Don Crisanto Medina, viejo delicioso, no obstante su cargo de embajador de Nicaragua, traiciona á la política por las letras y cultiva primorosamente la amistad de Rubén y de Carrillo, á todas luces comprometedor para un diplomático de bulto. En el hall de un gran hotel, entre una y otra espiral de habano, conversábamos de frivolidades risueñas. De pronto vimos relampaguear sus ojos como ante una visión inesperada:

—Conozco mucho á esa vieja, muchísimo, pero me es imposible recordar quién es.

Frunció el entrecejo é hizo un esfuerzo mental considerable; fué en vano. Permanecimos en silencio algunos minutos, él buscando solución al enigma, nosotros acariciando con miradas á la Guerrero, que hacía muecas ante un círculo de admiradores en el fondo del salón. A poco, sobrevino otro diplomático, más versado en cuestiones

mundanas que en el arte del protocolo, y exclamó con sorna picaresca:

—Don Crisanto, son muchos setenta años para enamorarse de la Patti...

—¡Naturalmente: la Patti! La conocí ha medio siglo, en Nueva York, la noche de su estreno. Mi padre había sido proscrito en una de nuestras revoluciones: yo tenía veinte años. Un empresario casi quebrado tuvo la ocurrencia de estrenar á Adelina, muy niña entonces, de quince años ó poco más; obtuvo un éxito colosal. El empresario llenó su bolsa y la Patti fué célebre en pocos días. Yo era mozalbete, la vi en una fiesta, ballé con ella y me enamoré perdidamente de su gloria; tras tantos años no me avergüenza confesar la inutilidad absoluta de mis galanteos. Después la oí cantar muchas veces, pero mi amor juvenil habíase convertido ya en simple admiración. Desde la última vez han transcurrido quince años. Mirándola comprendo que yo también debo estar muy viejo...

* * *

Mientras él discurría, nosotros observábamos á la gloriosa artista.

Es una ruina ó un símbolo, nada más. La contemplamos con respeto y admiración, como puede mirarse una sala hipostila en Karnak ó la columna Trajana en Roma. Pero entre los escombros de su belleza, otrora indiscutida, sentimos palpar su alma exquisita. Es una ruina viviente aún, con simpatías y desdenes, con sensibilidades y estre-mecimientos, con sueños atormentadores: con sueños, sobre todo, porque la tendencia á soñar es lo último que muere en el espíritu humano.

Diminuta, vivaz, elegante como una muñeca de

museo antiguo, da la impresión de algo que lucha contra el único mal irremediable: los años que pasan. A cincuenta metros, y poca luz, aun podría confundirse con una solterona de treinta y cinco; pero el error no es posible de cerca. En vano recurre á sabios afeites y á masajes complicadísimos; Cronos ha devastado su fisonomía gentil inflexiblemente.

Si renunciara á simular la juventud, la Patti sería una vieja bonita, que no es poco ser. Una vieja hermosa vale una joven fea, ó más; la belleza de una vieja es blasón que atestigua un pasado esplendoroso. Pero las preocupaciones femeninas pueden más que un entero volumen de estética; rodando los años, las mujeres se creen obligadas á adulterar su fe de bautismo, en cuyo error son imitadas por numerosos hombres. ¿No sería más respetable que, á cierta edad, cada una hiciera balance de su vida, analizando su obra de madre ó de artista, de compañera ó de maestra? Verdad es que muchas no han sabido vivir su vida, malgastándola en fruslerías. Pero la Patti... Esto es lo cruel: la Patti es como todas. Cree que una arruga ó una cana pesan más, en la balanza de la estima pública, que cuarenta años de gloria. ¡Si supiera que un solo minuto basta para llenar el marco de una vida!

Estaba sentada frente á una orquesta húngara. El solista de violín, conociéndola, no dejaba de mirarla; en los pasajes patéticos se levantaba sobre las puntas de los pies, estirándose hacia ella y mirando á lo alto, con actitudes sentimentales. Ella correspondía á sus afanes con muestras de visible interés, marcando el tiempo con la cabeza, tarareando alguna frase melódica y aplaudiendo el final de cada trozo. Cuando tocaron cierto za-

randeado aire de *Lucía*, su interés asumió caracteres de emoción; al oír la apasionada cadencia, sus ojos parecieron dilatarse, iluminados por un extraño brillo interior, y su mirada adquirió súbitamente un resplandor vivísimo, cual de un arma desenvainada. Con el último compás cesó el breve éxtasis y ella cerró los ojos, como queriendo volver el arma á la custodia de los párpados. Un viejo estuche puede guardar tesoros absolutamente juveniles.

Su marido, un joven médico masajista, fumaba á su lado con despreocupación. Estaba con ellos otra pareja, de cuya enrevesada parlanchina yanqui sólo pudimos descifrar algunos comentarios triviales sobre la hermosura del día, la afluencia de extranjeros y el inminente estreno de *Búfalo Bill*.

* * *

Gracias al diplomático mundano, pudimos conversar con Adelina. Primero habló don Crisanto; repitió, como era de prever, la historia de su pasión juvenil por ella.

—Han pasado más de veinte años—comentó la Patti.

¡Pobrecita! ¿Quién osaría corregirle que habían pasado cincuenta?

Después habló ella. A poco de hostigarla discurre de sus triunfos, de sus éxitos pasados. Nos pareció irreparable su nostalgia de la gloria. El placer del recuerdo es grande; pero es triste haber conocido la supremacía y verse obligada á renunciar sus encantos. Sentirse la misma persona que hace treinta años y no escuchar las estruendosas ovaciones de otrora; leer los mismos diarios y no encontrar jamás aquellos elogios enloquecedores.

Algunas veces canta en conciertos de beneficencia y la aplauden mucho; pero son aplausos de cortesía, sin entusiasmo, sin calor. Ella lo comprende así, pues las palmadas suenan de otro modo; al decirlo no pudo ocultar cierta melancolía.

—Desde hace algunos años prefiero no cantar; evito esa clase de aplausos. El éxito me hace mal; estoy desacostumbrada.

Esa nos pareció la mitad de la explicación: la gloria es para ella como una bebida que se ha dejado de tomar. Falta la otra mitad: su fino paladar comprende que el público se la sirve falsificada.

* * *

Nos tocó hablar; improvisamos una teoría. ¿Quién no improvisa alguna en presencia de una mujer célebre? Hela aquí:

—Por tres causas mereció usted toda su gloria: educación musical, gracia y belleza. Cualquiera de ellas vale más que poseer una voz monstruosa. (La Patti sonrió.) Lo que suele llamarse «buena voz» es una monstruosidad. El organismo humano es armónico, todas sus partes son proporcionadas. La laringe y el aparato destinado á producir la voz tienen dimensiones determinadas y funcionan con cierta intensidad que les permite producir notas cuya extensión y altura varían con la edad, el sexo, etc., pero siempre dentro de ciertos límites que caracterizan la voz humana y la distinguen de la voz de otras especies animales. Un gato, un ruiseñor ó un mono, modulan su voz dentro de otra gama y emiten notas más agudas que el hombre; su laringe está conformada de otro modo, en armonía con el resto de su organismo.

Pues bien; toda voz que se aleja de la gama propia del hombre es el producto de un órgano contrahecho y representa una función anormal...

—O de un órgano superior, más evolucionado —interrumpió amablemente.

—Es sensible no poderla complacer. La altura de la voz disminuye á medida que la especie humana evoluciona. El hecho sólo admite dos pruebas, y ambas son concordantes. En la evolución de la especie observamos que los pueblos primitivos gritan y chillan más que los civilizados, usando un registro más agudo; en la evolución individual se produce la misma transformación desde el niño hasta el adulto. Por otra parte, desde el punto de vista moral, es sabido que las personas atenúan la altura de su voz á medida que se educan.

—En ese caso los bajos profundos serían hombres muy evolucionados, algo así como superhombres, por lo menos en cuanto á su laringe.

—La ciencia no osa afirmar tanto. Pero nos atrevemos á creer que una voz excesivamente aguda es un simple defecto fisiológico. Decir á una dama que tiene buena voz es tan galante como alabar á un enano por su pequeñez ó á un obeso por su obesidad. Por cuyos motivos no le sorprenderá que haya limitado mi admiración á su arte, su gracia y su belleza.

La Patti sonrió traviesamente y miró á su tercer marido, que en nombre de su profesión nada sabía contestar. Y al despedirnos, con espiritualidad perfecta:

—¡Confiese, doctor, que mi monstruosidad es un defecto admirable!

Se lo afirmamos besando su mano, digna de la Pompadour ó de la Duse.

Vivir con perpetua nostalgia de la gloria es un

martirio. Los hijos del éxito pasajero deberían morir al caer en la orfandad. Algún Musset melancólico ha escrito que es hermoso vivir de recuerdos; es una frase absurda. Vivir de recuerdos equivale á agonizar. Es la dicha del enfermo del estómago obligado al ayuno, del pintor maniatado por la ceguera, del jugador que mira el tapete y no puede arriesgar una sola ficha.

En la vida se es actor ó público, timonel ó galecte. Es tan doloroso pasar del timón al remo como salir del escenario para ocupar una butaca, aunque ésta sea de primera fila. El que ha conocido la gloria no puede resignarse á la obscuridad; esa es la parte cruel de toda preeminencia fundada en el gusto público ó en aptitudes físicas transitorias. El público oscila con la moda, el físico se gasta. La gloria de Caruso, de Greco y de Frank Brown sólo dura lo que una juventud; el canto, las estocadas y los saltos mortales se acaban alguna vez, y sólo queda la nostalgia de la celebridad.

Hay otra clase de éxito cuya gloria es duradera: las buenas obras. Un gobernante, un pintor, un filósofo, un poeta, un arquitecto, pueden llegar á la decrepitud sin conocer la terrible nostalgia; si es fruto legítimo de sus obras, la gloria se agranda con el tiempo. Cuando se deja el gobierno, el pincel ó la pluma, queda el hecho; entonces no se vive de recuerdos, se vive de hechos que persisten. Por eso la mente humana se resistía á concebir á Ticiano viejo condenado á blanquear tabucos en Chivilcoy, á Napoleón achacoso convertido en policiano rural de Catamarca, á Spencer senil conchabado como portero en la biblioteca de Puerto Gallegos.

El caso de Adelina Patti—no obstante sus millones y su marido joven—es aflictivo. El instante

en que se acaba la gloria para siempre, debería ser el último de la vida. Al fin y al cabo, todos morimos, tarde ó temprano. ¿Para qué vivir siendo una de tantas viejas ricas con marido joven, después de haber sido la mujer más aplaudida en su siglo y en su arte? Es preferible que un Otelo excesivo mate de veras á Desdémona sobre el tablado, en uno de esos frecuentes paroxismos artísticos. Para los demás sería envidiable desnucarse en un salto prodigioso, caer del aerostato, morir por ruptura de un aneurisma al hablar ante cien mil hombres que aplauden ó ser apuñalado por una amante hermosa y violenta.

Para el que ha conocido la gloria, la vida solamente vale por sus horas de triunfo. Convendría despedirse de ella sonriendo y gozando, mirándola de frente, con dignidad, con la sensación de que se ha merecido vivirla hasta el último instante.

La gloria que pasa es una de las mayores infelicidades.